

Todo lo solido se desvanece en el aire.

La dialéctica del sentido en la etnografía, el movimiento en la calle.

Fernández Luis Alfredo

fernandez.luisalfredo@hotmail.com Universidad Nacional
de Salta.

Resumen

En el momento etnográfico inevitablemente se ponen a prueba esquemas, conceptos, nociones y significados que cualquier investigador/a adquiere previamente. Rápidamente vemos como la “realidad”, aquel escenario construido a través del cual se decide investigar, se presenta más compleja y dinámica de la esperada. Siendo una experiencia bastante compartida, ha ocupado un lugar central en los escritos metodológicos sobre etnografía o análisis cualitativo, presentando enriquecedoras propuestas.

Por consiguiente, el presente trabajo pretende ser un pequeño aporte sobre este problema metodológico, compartiendo los dos años de experiencia de campo con personas en situación de calle en la ciudad de Salta que dio lugar a la tesis de licenciatura. Asimismo, solo avanzaremos sobre el sentido de categorías teóricas, conceptos y en lo que se dan a llamar “palabras nativas” que se vieron afectados en la etnografía, dejando de lado otro tipo de experiencias.

Creo pertinente, al menos para este caso, considerar que la etnografía puede presentar movimientos dialécticos en lo que refiere a los conceptos a ser interrogados. O sea, donde el campo niega positivamente los preconceptos, dando lugar a nuevos que serán a su vez puestos a prueba. No obstante, no creemos que sea un movimiento inevitable, que se imponga por sí mismo, sino más bien recae la decisión en la investigadora o investigador.

Presentación del problema

Como muchos investigadores jóvenes escribo un trabajo ambicioso e ingenuo. Ambicioso porque espero hacer un pequeño aporte en un problema común de toda etnógrafa y etnógrafo, e ingenuo porque todavía lo leí lo suficiente como para saber que seguramente lo que quiero expresar ya lo dijo alguien antes y de manera más elegante y coherente, aun más considerando mi poca experiencia realizando trabajos de campo a comparación. No obstante, como a muchos investigadores jóvenes, espero que se me perdonen los intentos fallidos de abordar un tema tan importante y se me hagan las respectivas observaciones con la mayor delicadeza posible. Dicho esto, espero expresarme con soltura esperando darme a entender.

La intención de hacer este escrito nació a través de una serie de frustraciones que al parecer es muy compartida por aquellas personas que hacemos trabajo de campo con otras personas, que practicamos el “estar allí”. Mi trabajo de campo lo realicé, y aún lo realizo, en las calles de la



ciudad de Salta, en una porción del casco céntrico que acumulan ochenta cuadras aproximadamente que contiene la terminal de ómnibus, un cementerio, el parque de mayor extensión de la ciudad, la plaza central, la catedral, las tres calles peatonales, dos plazas que rodean la legislatura, el mercado municipal, dos hospitales, parte del cerro, e incontables negocios y puestos de venta. En estas calles y espacios verdes llevo dos años y medio enfocándome en las formas de vida de las llamadas personas en situación de calle, lejos del excelente trabajo de Anderson que vivió con y como un *hobo*, mi experiencia es mucha más modesta ya que realizo visitas y pocas veces me quedo días enteros o a dormir con ellos. A la altura de terminar el trabajo de tesis de licenciatura tuve contacto en total con ochenta y dos

personas que pueden definirse en esta situación, y actualmente solo se sumaron cuatro personas más.

La imagen muestra el recorte espacial donde se realiza el trabajo de campo
Para dar cuenta del problema planteado escribiré tres pequeños fragmentos del diario de campo que tendrá por objetivo ilustrar los problemas que dan contenido a este trabajo.

“Don Pedro me cuenta como ganaba dinero antes de recibir la jubilación, en la cuadra siguiente a la esquina donde duerme se ponía un chaleco naranja flúor y cobraba a voluntad el cuidado de los autos que estacionaba. Se podría decir que era parte de los cuidacoches a voluntad sin llegar a formar parte de los trapitos municipales. Como hay dos hoteles que los fines de semana generalmente hacen fiesta, el lugar se llena de autos y es una buena fuente de dinero. Me explicó como lo hacía: lo primero que hay que hacer es “hacerse dueño de la calle”, ponerse de tal forma que demuestre que es tu calle, tomar la iniciativa, y dirigir al conductor para que estacione correctamente. Esta puesta en escena es simbólica, el dueño sabe estacionar, solo que así garantiza demostrar sus servicios y su posterior paga. Esto me hizo recordar a don Lito quien poda los arbustos del parque y de las veredas del centro para demostrar su habilidad en la jardinería para que luego sea contratado por quien necesite un jardinero dedicado. Estas demostraciones pueden pensarse como estrategias para ser merecedores de un pago, de un contrato, no obstante siempre está la posibilidad de no recibir nada, así que la actuación debe ser bien dada.” (Nota de campo N° 34)

“Le pregunte a don Mario que pensaba sobre el albergue municipal que ubicado en finca Valdivia que recientemente abrieron para personas en situación de calle. Me dijo que no estaba de acuerdo primero porque estaba muy lejos del centro, llegar caminado es imposible, e ir implicaba pasaje de ida y vuelta en colectivo, lo cual no siempre hay plata para eso, además la atención no era tan bueno para que valga la pena moverse hasta ahí. Después le conté que el encargado me había informado que era solo para personas “crónicas” en situación de calle, o sea aquellas que están en un “grado elevado” de deterioro. Y ahí se molestó mucho, primero me dijo que no entendía eso de *situación de calle*, su vida no era una *situación* de nada, ‘no hay *situación de soltero, situación de casado, situación de casa, situación de enfermo...*’ para él era

una forma bonita de decir indigente, vagabundo, y le molestaba aun más el hecho que lo restrinjan a un grado de deterioro, como si las otras personas no necesitarían también lugar donde dormir. Después le pregunte cual sería una forma correcta de llamar su no-situación. Y hubo un silencio incómodo, al instante cambió de tema de forma sutil.” (Nota de campo N° 27)

“Estaba hablando con San Juan, y me describía una distinción que no había pensado. Para él existen dos clases de personas que viven en la calle, aquellas que se cuidan y andan más o menos limpios y aquellos que están ya ‘abandonados’. Las primeras andan lo más higiénico posible, con ropa oscura que disimula la suciedad, beben pero poco, se cortan el pelo y la barba, se bañan cuando pueden y no duermen en cualquier lado, en cambio las segundas están todo el tiempo borrachas, duermen donde sea, se hacen pis encima, huelen mal, no trabajan, y tienen el cabello y la barba largos y despeinados. Para él los primeros son *picheros*¹, y los segundos *picherines*. Se consideraba de la primera clasificación, se autodenominaba solo *pichero*. Esta distinción es más precisa que la que maneja doña Carmen que separa entre ‘nuevos’ y ‘abandonados’ aunque parece referir a discriminaciones parecidas, aquellos que trabajan institucionalmente, como Susana, la trabajadora social de Manos Abiertas se refiere a lo mismo pero cargado de clasificaciones estatales como ‘transitorio’ y ‘crónico’ tomando el cuenta la cantidad de años que la persona vive en la calle. Valdría la pena hacer una clasificación pero cualquier criterio que elija implicará ubicar personas en lugares donde no se sentirían identificadas como San Juan que para la trabajadora social es ‘crónico’” (Nota de campo N° 68)

En el primer fragmento queremos ilustrar como ya en las notas de campo empleaba nociones teóricas diferentes para ver un mismo fenómeno, que más adelante me llevó a problemas de la naturaleza objetiva de los protagonistas de la tesis. O sea, podía y pensaba en términos de *actor*, *agente* y *sujeto* todos al mismo tiempo sin percatarme que implican nociones diferentes de pensar lo social. En segundo lugar, el siguiente fragmento pretende mostrar como existió desde el principio una imposibilidad de nombrar a todas las personas con las que trabajaba en un solo concepto sin que implique una imprecisión en su realidad cotidiana. Finalmente, el último busca

¹ En la ciudad de Salta la palabra *pichero* refiere a aquel bebedor sistemático de alcohol. No es una categoría peyorativa ni patológica, generalmente se la usa entre jóvenes quienes bromean por el consumo que tienen o que aparentan.

ilustrar como coexisten palabras nativas que refieren a distinciones similares pero no responde a un colectivo definido sino más bien a criterios personales con cierta coincidencia.

Aunque elegí solo tres fragmentos, las notas de campo están llenas de estos problemas de definición tanto de categorías teóricas, de conceptos y de palabras nativas, que fueron cambiando a lo largo de la experiencia de campo. Lo que queremos dar cuenta aquí es el cómo fueron cambiando estas palabras, que creo puede pensarse a través del movimiento dialéctico que aunque a veces se produce inconscientemente, es mejor tomarlo en cuenta para no caer en ilusiones de reflexiones pasadas, como si el campo fuera cambiando y no así el enfoque y recorte que uno realiza.

Adultos que actúan, agencian y además parecen sujetos.

Como vimos en el primer fragmento podíamos considerar a estas personas bajo las tres categorías relativamente estables donde ubican al ser humano según el horizonte teórico que se prefiera: como actor, agente o sujeto. Esto no es nada nuevo, la dificultad proviene de pretender sostener las tres categorías para referirse al mismo fenómeno sin caer rápidamente en contradicciones, o sea, tratar a don Pedro como **agente** que recurre a prácticas de subsistencia considerando su condición de calle en cuidar coches a voluntad; al mismo tiempo de tratarlo como **actor** que se desenvuelve en una puesta en escena a través de distintas máscaras que muestran seguridad, a veces lástima, a veces simpatía; y como **sujeto** quien desenvuelve creativas estrategias en una espacio vigilado tanto por la policía como por los *trapitos* municipales. Ahora bien, tomar postura sobre una implicaría dejar fuera las otras reflexiones y des enriquecer lo que el escenario etnográfico venía mostrando. El caso de don Pedro puede pensarse de las tres maneras, y a lo largo del trabajo de campo veía situaciones que respondían a cada horizonte teórico de manera precisa pero ¿Cómo elegir uno sabiendo que los demás también eran heurísticos para dar cuenta de la forma de vida de estas personas?

Lo primero que hice fue poner todo en términos de prácticas y estrategias. Bourdieu y Giddens fueron mis primeras opciones quizás porque eran los autores que más había leído, y me sentía

pisando suelo firme al momento de escribir, pero al momento de leer la reflexión que hace Hannerz sobre el trabajo de Goffman en la ciudad, y la propuesta de ver la ciudad como teatro me hizo dudar aun más lo poco que tenía escrito. Luego las palabras como prácticas pasaron a llamarse puesta en escena, los agentes eran actores y don Pedro sin saberlo pasó a usar mascararas teatrales. A medida que iba leyendo más textos de la escuela Anglosajona y profundizando en Chicago me sentía más a gusto e incluso tuve la inocencia de creer que existía algo parecido a una hoboemia en Salta como la que Andeson describe en esa ciudad. Las cosas se complicaban más cuando al salir al trabajo de campo cada persona con la que trabaja parecía inclinarse por una escuela teórica distinta, don Lito parecía haber leído a Goffman y me estaba demostrando con obvias actuaciones lo bien que puede aplicarse en las calles salteñas, Lucas que constantemente esquivaba el control policial para cuidarlos autos hacía una alegoría al sujeto vigilado que responde a través de creativas resistencias.

Frustrado por no conciliar categorías teóricas me di cuenta, con total ayuda de ambos directores los cuales les debo este trabajo y los siguientes, que necesitaba buscar un término que comprenda los fenómenos vistos sin que implique amputar lo que el escenario etnográfico me presentaba. Pero para ello tenía que dar cuenta de lo que estaba sucediendo, estaba frente a un círculo vicioso donde cada vez que salía al campo volvía con más excusas para no elegir un marco teórico, y cada vez que leía un texto este círculo daba más vueltas sobre sí mismo. Para salir de esto decidí que cada término nuevo anulara el anterior pero me habría más caminos de los que negaba, teniendo una hipótesis sin síntesis, más que un callejón sin salida, un laberinto cada vez más ramificado. Así buscamos una palabra que comprenda todas las anteriores y de lugar al movimiento que se me presentaba. Conversando con mi director sobre el punto común que tenían todos los entrevistados concluimos que se traban de Adultos, habíamos dejado indeliberadamente a los niños por tener otro proceso legal y a las familias², quedándonos con una palabra purgada de un horizonte teórico y al mismo tiempo no utilizada por el Estado. No obstante, utilizarlo como síntesis implicaba algo más que reemplazar palabras, involucraba tener en cuenta que en cada fenómeno que describía se traba de una cuestión de enfoque, y del grado

² El principal motivo de dejar a las familias del análisis era porque solo encontramos una viviendo en un parque de la ciudad y que además vivía periodos prolongados en la casa de la madre de la mujer lo cual merecía otra reflexión que las que las otras personas presentaban.

de re elaboración que había tenido el mismo párrafo desde que fue escrito con agentes y prácticas, con actores y performance, y finalmente con Adultos que pueden pensarse de una o de otra forma. Este camino que me permitió llegar a la noción de Adulto fue de negación en negación y aun hoy está en suspensión, al momento que ingresen menor de edad a la reflexión tendremos que buscar otras palabras para dar cuenta de lo que pretendemos ver desde el enfoque que elegimos para ver.

Romper el silencio.

Paralelamente la noción Adultos no solo solucionó la categoría teórica a través del cual ver las acciones/prácticas/estrategias de los protagonistas, sino también la noción a través del cual nombrarlos. Durante las primeras semanas “ingresar” al campo fue tedioso, primero me confundían con un policía de la brigada³, cumplo con todos los requisitos representacionales: soy joven, delgado, pelo corto y morocho. Motivo por el cual muchos preferían no hablarme e incluso San Juan, que luego se convirtió en el primer entrevistado, creía que en mis lentes llevaba una cámara oculta. Pero además de tener el problema de “ingreso” tenía un problema analítico, sabía que quería trabajar con lo que el Estado denomina *personas en situación de calle*, lo que en el sentido común se los llaman indigentes, vagabundo, cirujas o crotos. El problema era definirlos ya que a pesar de ser todas personas, difícilmente la calle era para ellas una *situación*⁴, asimismo no podía utilizar palabras del sentido común porque eran ofensivas y peyorativas. Una salida posible era buscar un punto que todos compartan para así definir un universo de análisis, y se me presentaba una abrumadora heterogeneidad. Al respecto escribí lo siguiente en la tesis:

³ Una forma de ascender en la división policial de la brigada es cerrando casos que son designados azarosamente. Algunos ambiciosos novatos cuando no pueden concluir un caso buscan a una persona en situación de calle, se gana la confianza y se asegura que no tenga una cuartada que demuestre su inocencia del delito (robo, violación, distribución de drogas, etc.) y lo acusa del mismo cerrando el caso designado. Muchas personas tienen conocimiento de esto y prefieren evitar entablar conversación con desconocidos potenciales policías, el cual era candidato por excelencia no solo por el aspecto sino por estar haciendo preguntas tan obvias para ellos.

⁴ Tuvimos un intento de aprovechar la palabra *situación* heurísticamente apoyándonos en el situacionismo de Glukman para reflexionar pero con poco éxito ya que la persona que se nos presentaba (jurídica, económica, psicológica, etc.) era más heterogéneo de lo que pensábamos y no había una continuidad entre la situación y la forma personal de los mencionados.

Entre éstas (personas) encontramos una gran diversidad de situaciones por las que atraviesan: algunas recién se inician en la experiencia mientras otras llevan décadas en la calle; hay quienes todavía conservan relaciones con miembros de sus familias, otras simplemente nunca la tuvieron; algunas mantienen vínculos estrechos con instituciones gubernamentales y grupos de ayuda para asegurar su alimento, otras no aprovechan las instituciones ya sea por desconocimiento o por decisión; hay quienes recurren a los subsidios por jubilación o discapacidad conservando sus papeles al día, en cambio algunas perdieron sus documentos de identidad hace décadas; mientras algunas personas son trabajadoras eventuales, otras prefieren mendigar en las iglesias o las calles; en su gran mayoría son hombres, pero también existen mujeres en lo que llaman “*el ambiente*”; gran parte son consumidores de bebidas alcohólicas y drogas ilegales, pero otras evitan tajantemente beber; existen aquellas que luego de años vuelven a vivir en viviendas, mientras muchas mueren en las veredas; así estamos frente a una gran heterogeneidad de trayectorias personales, estrategias de subsistencia y prácticas cotidianas aparentemente difíciles de homogeneizar.

(Fragmento de la introducción de la tesis de licenciatura)

Y el problema se hacía aun más difícil ya que para referirse a su “situación” en las charlas predominaba el silencio como se vio con don Mario más arriba. Un silencio por demás interesante pero que no me permitía recurrir a categorías nativas que salven de esta ausencia. No obstante, intenté en principio llamarlo con los términos gubernamentales, pero en diálogo con muchos adultos no sentían que esas palabras respondía a su cotidianidad, muchos decían que la ciudad era su casa, otros efectivamente tenían una construcción precaria llamada con cariño “mi cuchitril”, “el monoambiente” entre otros usos metafóricos, algunos sostenían que si tenían vivienda solo que momentáneamente no podían dormir ahí (por una variedad de motivos), y unos pocos reflexionaban sobre la categoría y respondían que no estaban atravesando una “situación” como vimos con don Mario.

Pero como dijimos más arriba, un punto común fue que trabajábamos solo con adultos, pero esto no bastaba. Otra coincidencia resultó de haber recortado del análisis a las familias, por lo

cual solo trabajaba con adultos sin familia⁵, o dicho más precisamente sin hogar. Y por último, lógicamente también sin vivienda. Así pudimos hacer el recorte apropiado, ya podía dejar de hablar de “personas en situación de calle” o de indigentes, y enmarcar todo a través de una designación más pertinente, trabajaba con Adultos sin hogar y sin vivienda.

Así como en el caso anterior, la forma de llegar a esta noción fue a través de frustraciones y negaciones, pero negaciones positivas que permitían dar un paso hacia la pertinencia del concepto. Pero a diferencia del anterior aquí no buscamos ampliar el espectro para dar cuenta de lo que se nos presentaba en el campo, sino seguíamos la línea del recorte para ser más precisos pero a través del mismo método, una negación que permita una síntesis, que da lugar, una salida a un laberinto en el cual es fácil perderse.

Muchas palabras nativas

Por último quería compartir la forma en cómo se fueron confrontando distintas categorías y conceptos que podríamos llamar “nativos”, o sea que conserva su significado dentro del urdimbre de significados creados en el escenario, en este caso lo que llaman el “ambiente”, lo cual hace imposible una traducción sin que pierda el peso significante.

Como escribí al principio, San Juan, Doña Carmen y Susana tienen distintas palabras y criterios para distinguir a las personas que viven en la calle, alguno según su cuidado higiénico, si recién ingresan al ambiente salteño, o su tiempo total que viven sin vivienda. En principio uno podría ver coincidencias pero pasarían pocos días para darse cuenta que son criterios distintos. Aquí la palabra “distintos” pone énfasis en que no son ni excluyentes ni acumulativos, sino que son

⁵ Con esto no queremos decir que todas las personas carezcan de familia, algunas tienen parejas e hijos, solo que su cotidianidad no está proyectada hacia la reproducción de su unidad doméstica, o sea, no participaban de la economía familiar, ni del autocuidado que supone un hogar, se podría decir que estaban en proceso de defiliación en distintos grados.

independientes ya que una misma persona puede ser catalogada como crónica, *pichera*, y nueva, sin que haya una continuidad en estos tres adjetivos.

Hasta ahora solo pude estar relativamente seguro de tres categorías nativas que utilizo con frecuencia. La primera refiere “al ambiente” que como dije antes, creía durante mucho tiempo que se trataba de una versión tardo moderna de la hobohemia de Chicago donde encontraba ciertos personajes con papeles definidos y conductas esperadas. No obstante luego de conversaciones con personas que viven ahí, me explicaron que lejos de tratarse de un submundo dentro de un territorio determinado es más bien algo flotante, que si encuentra una solides en el parque de mayor extensión pero no se reduce ahí sino también incluye ciertos barrios, ciertos espacios y está más bien yuxtapuesto con otros ambientes, como el de los comerciantes, el de las parejas, etc.

La segunda palabra refiere al “*portarse bien*”, que designa una conducta moral que los hace merecedores de caridad frente a los agentes de instituciones de ayuda o miembros de los grupo civiles y religiosos también de ayuda. Este *portarse bien* implica sostener una imagen, por ejemplo frente de los miembros evangélicos que les dan comida todos los viernes, donde no pueden drogarse, ni hablar de delitos, ni de los días que se pierden bebiendo si es que quieren conservar el servicio de comida que este grupo les facilita. Esto no implica que la relación sea hipócrita o interesada, sino que está mediada por un contrato moral de ambas partes. Durante las primeras semanas creí que se trataba de una estrategia astuta y económicamente racionalizada, luego me percate que los vínculos con los miembros de los grupos y la relación personal que tienen con lo divino es más fuerte de lo aparente, y no me quedo otra que admitir una simpatía, aunque mediada, sincera.

La última palabra nativa fue mucho más difícil de comprender. Se trata de la muerte que algunos adultos sufren al dejarse morir, o sea, al permanecer en un grado de depresión que simplemente dejan de comer, abrigarse y bañarse. Aunque clínicamente se los clasifica como muerte de frio o enfermedad, su proceso de abandono fue mucho anterior a la conclusión. En primer lugar pretendía semejarlo a la muerte social que observa Marcel Mauss en las tribus de Australia y Nueva Zelanda. Aunque la reflexión era atinada, y aun creo que puede aprovecharse esta vía, no

lograba consenso con los adultos que veían y convivían con dicha forma de morir. Luego de muchas idas y vueltas, y ya casi haber decidido abandonar el fenómeno, en una charla con mucho vino de por medio, hablábamos de don Carlos quien justo estaba afrontando esta depresión. Uno de ellos muy preocupado por el estado de salud de Carlos dijo “*ya emprendió el viaje*”, al preguntarle qué significa “el viaje” me describió de una manera local el fenómeno que Mauss había pensado para Oceanía. Ahí comprendí que la mejor forma de describir este suceso era empleando estas palabras que son más pertinentes al caso.

Ahora bien, a diferencia de los casos anteriores la utilización de la mayoría palabras nativas todavía sigue sin resolverse a excepción de estas tres. No obstante como en todos los casos anteriores, al momento de estar frente a negaciones el desafío es no volver a perderse en el laberinto de nociones y categorías, sino recurrir al método dialectico para negar y acotar las posibilidades para así tener una síntesis lo más pertinente posible. Es de suponer que en este panorama toda noción es provisoria a la espera de ser negada y superada, pero esto puede ser visto como una norma más que un error o inexperiencia del investigador/a o de cómo el campo fue cambiando.

Reflexión Final

En pocas palabras quise compartir la experiencia del trabajo de campo centrándome en los problemas para definir categorías teórico analíticas, nociones y palabras nativas. La idea central del escrito era mostrar como a lo largo de estos dos años y múltiples charlas y entrevistas reconocemos que un método válido para llegar a nociones pertinentes es el dialectico, aceptando las negaciones que el mismo campo ofrece o las lecturas dirigen para así buscar y reconocer una que sirva de síntesis al problema presentado.

Asimismo, vemos como las lecturas son fuente de reflexión para lo que vemos en el campo, pero el mismo campo también ofrece sus propios parámetros de pensarse a sí mismo, no obstante lejos de oponerse o tener que elegir por uno que rechace los demás, vemos que es posible llegar a una síntesis que supere a ambas sin tener que esquivar el problema sino afrontarlo.

Bibliografía

Agar, Michael (1992) "Hacia un lenguaje etnográfico" en El surgimiento de la Antropología Posmoderna. Barcelona. Gedisa

Anderson, Neil (1923) The sociology of the Homeless Man. Chicago. The University of Chicago Press.

Bourdieu, Pierre (2011) El sentido práctico. Buenos Aires. Siglo XXI

Fernandez, Luis (2016) Un acercamiento etnográfico a las formas de vida de los adultos sin hogar y sin vivienda en el casco céntrico de la ciudad de Salta. Inédito

Giddens, Antony (2003) La constitución de la sociedad: bases para una teoría de la estructuración. Buenos Aires. Amorrortu.

Hannerz, Ulf (1993) Exploración de la ciudad. Hacia una antropología urbana. México. Fondo de Cultura Económica.

Mauss, Marcel (1950) "Efectos físicos ocasionados en el individuo por la idea de muerte sugerida por la colectividad" en Sociología y Antropología. Madrid. Tecnos.

Rosaldo, Renato (2000) Cultura y verdad. La reconstrucción del análisis social. Ecuador. Abya Yala

Vasilachis de Gialdino, Ines et al (2006) Estrategias de investigación cualitativa. Barcelona. Gedisa